

NOTAS SOBRE LA ECONOMÍA POLÍTICA DEL ARMAMENTISMO Y LA SOBERANÍA LATINOAMERICANA

Fernando CARMONA

SUMARIO: I. *El tercer mundo y la paz internacional.* II. *¿Existe una "economía política del armamentismo"?* III. *El armamentismo y la crisis monetario-financiera.* IV. *El armamentismo y la crisis actual.* V. *El eje del proceso: el complejo militar industrial.* VI. *El armamentismo compromete la soberanía de nuestros pueblos.* VII. *Defensa de la soberanía y paz.*

...Nosotros, los que vivimos en Estados sin armas nucleares constituimos una clara mayoría de la población mundial, pero también nuestro futuro está amenazado por la carrera armamentista nuclear. Por lo tanto, es nuestro derecho y obligación ser firmes y plantear la exigencia de que nunca sean utilizadas esas armas y de que por fin se inicie un verdadero desarme nuclear.

Olof PALME (discurso en Nueva Delhi, el 16 de enero de 1986).

El socialdemócrata sueco, al que pertenecen las palabras colocadas en el epigrafe, fue uno de los más esclarecidos y consecuentes gobernantes europeos que primero se opuso al armamentismo, desde hace muchos años, y que luchó hasta su muerte, acaecida pocas semanas después de pronunciar esas palabras, en su carácter de uno de los seis firmantes del histórico mensaje de Nueva Delhi de 1985, por abrir paso a la razón y poner en juego fuerzas políticas de envergadura mundial confluentes en el insoslayable propósito de desterrar el creciente peligro de extinción en que, en esta era nuclear, ha colocado a la humanidad la militarización de nuestra pequeña y aún hermosa Tierra, que se expresa en la demencial carrera armamentista, hoy en camino hacia el cosmos, impulsada desde las bases de lanzamiento de la Casa Blanca.

El asesinato de Olof Palme revela que también están en movimiento fuerzas internacionales poderosas, reaccionarias e incluso fas-

cistas, empeñadas en atizar esa carrera, la política de bloques político-militares, la acción agresiva que no se detiene ni frente al terrorismo de Estado contra los pueblos débiles ni el desplazamiento de las economías estructuralmente dependientes y endeudadas, sometidas en la actual crisis capitalista a una enorme sangría por los monopolios transnacionales, de nuestro pobre Tercer Mundo.

I. EL TERCER MUNDO Y LA PAZ INTERNACIONAL

Claro está que la posición de Palme, como la de otros estadistas, políticos, intelectuales y simples trabajadores, no sólo del "primer mundo" capitalista industrializado sino también, y como un dato sobresaliente de nuestra época, de este Tercer Mundo que hoy irrumpe en el escenario mundial con un Movimiento de Países No Alineados (MPNA) básicamente tricontinental, con llamamientos como el de Nueva Delhi, o en nuestra América, con el Tratado de Tlatelolco, el SELA, los grupos de Contadora y de Apoyo, el llamado Consenso de Cartagena y otros esfuerzos oficiales, es una posición no confinada solamente al desarme nuclear, pues se extiende a la eliminación de todo tipo de armas, bases y pactos militares, así como al establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional que permita el desarrollo económico y social independiente del vasto Tercer Mundo y la paz en la Tierra, a los que tenemos pleno derecho quienes "constituimos la mayoría de la población mundial". Esta es la perspectiva desde la cual esbozamos aquí estas reflexiones en el presente Año Internacional de la Paz.

El problema de la distensión, el desarme y un nuevo orden político y económico mundial, no es sólo una responsabilidad de gobiernos y diplomáticos, las Naciones Unidas y otros foros públicos internacionales, la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y el Pacto de Varsovia (PV), y menos todavía, únicamente de las dos "superpotencias" que encabezan aquél y éste. Asimismo, y sobre todo, es un problema de los pueblos de todos los continentes y de los dos sistemas sociales antagónicos, que empiezan a dar muestras de su responsabilidad histórica.

Nosotros, la mayoría de la humanidad, que poblamos este Tercer Mundo capitalista, que sufrimos un subdesarrollo técnico-económico y atraso social, injusticias y desigualdades estructurales lacerantes, crecientes e injustificables ante la realidad de la moderna revolución científico-técnica en curso, que incrementa la potencialidad humana para resolver estos problemas como nunca antes; nosotros, los pueblos de

las regiones donde se han librado casi todas las guerras, abiertas y "encubiertas", habidas desde 1945 —más de una centena—, cuando concluyó el segundo conflicto bélico mundial y donde se presentan las más hondas convulsiones sociales de la época; nosotros, que padecemos una deuda exterior que, no obstante su dimensión sin precedente —casi un billón de dólares estadounidenses—, apenas equivale al actual gasto militar anual en el mundo, que sufrimos el saqueo de nuestros recursos naturales y de nuestros magros recursos financieros mediante el servicio de los acrecentados intereses de esa deuda externa impagable y otros múltiples mecanismos y que, así, involuntariamente contribuimos a financiar el armamentismo de las metrópolis en el sistema de empresas privadas monopolistas internacionales y nacionales; nosotros, que junto con los gobiernos de países capitalistas desarrollados como Suecia, Grecia, España, Finlandia o Austria, y los socialistas, formamos la "tiranía de la mayoría" en la ONU, de que habló Kissinger, no obstante nuestra debilidad económica, técnica y militar podemos cumplir un importante papel político en la lucha por el desarme, la distensión, la convivencia civilizada entre todos los Estados y la paz universal.

La contribución política de los pueblos y gobiernos de los países capitalistas subdesarrollados a la paz mundial es necesariamente distinta a la de los desarrollados y los socialistas. En particular la de los países latinoamericanos, que no hemos pasado por la experiencia de ser un escenario principal de las dos guerras mundiales ni de las guerras abiertamente internacionales, impuestas por las potencias colonialistas y neocolonialistas en Asia y África desde 1945 (Indochina, Birmania, Malasia, Indonesia, Corea, el Cercano Oriente o Argelia, Congo, Zimbabue, Angola, Mozambique y otras), que en conjunto, pese al incremento de la exportación brasileña y argentina en los últimos años, no somos grandes productores de armamento convencional y que —sin olvidar que estamos igualmente expuestos a la extinción atómica— tampoco somos naciones *nuclearizadas*, como las europeas hoy erizadas de misiles de alcance medio.

En nuestra América las consignas de proscripción de armas nucleares y convencionales, congelamiento de pruebas y armamento atómico, desmantelamiento de bases y liquidación de la OTAN y del PV, nunca han dado lugar a movilizaciones populares tan importantes y esperanzadoras de que llegue a prevalecer la cordura en las relaciones internacionales, como las que desde 1949 y en especial en los ochenta, hemos conocido en Europa oriental y occidental, en los propios Estados Unidos y el Canadá "noratlánticos" o en Japón.

Para nosotros, dicho sea con distintas palabras, son otras las cues-

tiones que ocupan el primer plano en la lucha por la paz: la defensa de la soberanía, la independencia y la autodeterminación de Estados y pueblos, y la equidad económica internacional entre las naciones, naturalmente sin cejar en un empeño por crear conciencia popular y movilizar la opinión pública en favor del desarme general, la distensión política y militar, la coexistencia pacífica y otras insoslayables tareas de la época, en las cuales el MPNA y gobiernos como el de México y los demás del grupo de Contadora cumplen una función trascendente.¹

II. ¿EXISTE UNA "ECONOMÍA POLÍTICA DEL ARMAMENTISMO"?

Hoy, el gasto militar en el planeta, que en casi todo el siglo xx y sobre todo en torno a las dos guerras mundiales y las de Corea y Vietnam ha sido enorme, en los últimos años alcanza una dimensión colosal: alrededor de un millón de millones de dólares anuales, decíamos, en tanto que una década antes era de unos 500 mil millones. Este gigantesco y ahora más acelerado dispendio de recursos, con una fracción del cual podrían resolverse algunos graves problemas del Tercer Mundo, que realmente son otros tantos desafíos para toda la humanidad (erradicación definitiva y rápida de enfermedades epidémicas como la malaria, la viruela y otras, construcción de obras hidráulicas para la agricultura, fundamentales plantas industriales y de energéticos, escuelas u hospitales y muchas más), representa una suma tal vez cercana a toda la acumulación *net*a de capital en los sistemas capitalista y socialista en un año, con la que se acrecienta la capacidad productiva universal y, ciertamente, supera a la inversión bruta fija de todo el Tercer Mundo durante 4 o 5 años.² En 1984 el gasto bélico alcanzó 170 dólares por habitante —hombres, mujeres y niños— del planeta, o sea, más que el producto *per capita* de una gran mayoría de países.

Interesa subrayar que, según un centro sueco de investigaciones que goza de reconocimiento universal, el SIPRI conforme a sus siglas inglesas, en 1982 el 46% del gasto militar se realizó por los países de la OTAN, 24% por los del PV, 6% por otros capitalistas desarrollados y 14% por los demás socialistas, incluida China (más de 6%), y 10%

¹ Véase, de quien esto escribe, "La Revolución cubana y nuestra América", *Casa de las Américas*, La Habana, núm. 148, enero-febrero de 1985.

² En forma sumamente burda puede decirse que el producto interno bruto mundial es actualmente del orden de los 14 o 15 billones de dólares, del cual pertenecen al Tercer Mundo apenas 1.6 billones; de esta suma, en la presente crisis la inversión bruta fija puede ser de unos 225 o 240 mil millones.

por los subdesarrollados. En conjunto, en el mundo capitalista se erogaba el 68% del total mundial y en el socialista el 32%.³

Del total de ese gasto en los países capitalistas, que hoy es del orden de los 700 mil millones de dólares anuales, los Estados Unidos concentraban en aquel año el 40%, los demás miembros de la OTAN (12 países sin incluir España) el 28%, las otras 11 naciones desarrolladas no pertenecientes a la Alianza Atlántica el 8%, incluso Israel, y unos 125 países subdesarrollados el 24%. Las erogaciones militares del Tercer Mundo capitalista de alrededor de 130 o 135 mil millones de dólares en la actualidad y que a precios constantes habían ya aumentado 135% entre 1973 y 1982, se concentraban en los países petroleros afiliados a la OPEP, con el 51% del respectivo total, principalmente en los árabes del Cercano Oriente, como Arabia Saudita, Irán e Iraq, y en el puñado de naciones no petroleras, con un producto bruto por habitante mayor de 1 000 dólares anuales, con el 31%, entre las que destacan Corea del sur, Malasia, Taiwán, Sudáfrica, Argentina, Brasil y Chile.

Por la permanencia, dimensión y generalidad del fenómeno armamentista en el mundo moderno; por la circunstancia de que sobre todo en la presente época el gasto militar comprende un dinámico y creciente sector que juega una función determinante, como es la de la producción y comercialización de armas y equipos convencionales y nucleares, químicos y biológicos, cada vez más *s sofisticados* —actualmente se dice así— y costosos, tanto estratégicos como tácticos, los cuales tienen una estrecha vinculación con la revolución científico-técnica hoy en acelerado despliegue en el mundo; por sus incidencias sobre el proceso de acumulación de capital, el empleo y los sistemas monetario, financiero y fiscal; por su impacto en el curso de la crisis internacional; por el papel sobresaliente del Estado en este problema y aun, si se quiere, por sus implicaciones teóricas, podemos hablar de una economía política del armamentismo.

Sin embargo, no cabe duda de que éste es el problema con más matices políticos e ideológicos de nuestro tiempo. En torno a la carrera armamentista se polarizan las más encontradas posiciones, incluso científicas, teóricas y filosóficas, hecho que oscurece los orígenes y dificulta la solución de este problema, al punto de que durante los setenta, el "Primer Decenio del Desarme" decretado por la ONU y en el primer

³ Cálculos con base en los datos del anuario del Stockholm International Peace Research Institute (Instituto Internacional de Investigaciones para la Paz), *SIPRI Yearbook 1983. World Armaments and Disarmament*, Nueva York, Taylor & Francis Inc., 1983, Apéndice 7A, "World military expenditure, 1973-82", p. 161.

lustro de los ochenta que ha de ser el "segundo decenio", el gasto militar alcanzó los inauditos niveles para tiempos de paz que en páginas anteriores recordamos.

Desde el Tercer Mundo y en particular desde nuestras universidades podemos hacer un esfuerzo por comprender objetivamente las causas y consecuencias del armamentismo, como una contribución al propósito de incrementar la presencia positiva de nuestros pueblos y gobiernos en el escenario mundial a guisa de nueva e importante fuerza de paz. Aclararnos algunos puntos nodales de la economía política del armamentismo puede ser un paso en esa dirección.

A nosotros no nos es difícil apreciar que una es la economía política del armamentismo en el sistema capitalista y otra en la socialista. Salta a la vista, si se mira con objetividad, una diferencia esencial: en el socialismo no hay empresas privadas que produzcan armas y equipos ni, por lo tanto, contratistas y subcontratistas particulares (25 o 30 mil empresas tan sólo en los Estados Unidos) que lucren con el gasto militar y se beneficien con la investigación científica y técnica financiada por el Estado; además, el gasto militar no se desarrolla bajo las reglas del mercado sino que está sujeto a un sistema de planificación económica integral y se apoya en una concepción estratégica —socioeconómica, política y militar— radicalmente distinta de la del capitalismo. En otras palabras, en el sistema del socialismo existente, cualesquiera que sean las limitaciones, contradicciones y problemas generales de esta nueva formación social y los específicos de cada país, un rasgo estructural básico es que el capital monopolista nacional y extranjero ya no existe y, si acaso, en los últimos tiempos, se le asigna al transnacional un papel secundario en servicios turísticos u otros proyectos, como sucede en Hungría, Yugoslavia, Rumanía, China, Cuba o la propia Unión Soviética.

De otra parte, si bien la Unión Soviética, China y otros países envían armas a países del Tercer Mundo, los socialistas no son una fuente de flujo de inversiones directas e indirectas del capital monopolista transnacional asociadas a tales remesas, ni un factor decisivo en el comercio y el mercado internacionales de los países capitalistas desarrollados o de los subdesarrollados dependientes de aquéllos.⁴

⁴ Conforme a los valores imputados por el SIPRI, en la década 1971-1980 la Unión Soviética exportó al Tercer Mundo armas mayores por 24 132 millones de dólares, equivalentes al 35% de este tráfico mundial en dicho decenio; "... 26 países compran ordinariamente armas a la Unión Soviética —se afirma—, en tanto que las cifras correspondientes de los EUA y Francia, por ejemplo, son respectivamente 73 y 56 países". Según esta fuente los envíos soviéticos fueron sobre todo a Siria, Libia, Argelia, India, Cuba, Vietnam e Iraq. SIPRI, *op. cit.*, nota anterior, cuadro 11A.2, p. 292 y artículo en pp. 361-369.

La economía política del armamentismo que tiene, pues, mayores implicaciones para nosotros es la capitalista, de larga data y con muy graves consecuencias económicas, políticas y sociales que se desprenden del sistema todo de dominación internacional instituido por los monopolios. Por supuesto la conexión del gasto militar del Estado con empresarios privados y de ambos con el avance tecnológico, no nació ayer y es incluso anterior al capitalismo. Pero ciertamente sufrió un profundo cambio en la edad monopolista del capitalismo en las metrópolis, durante las tres últimas décadas del siglo XIX y más aún, con la transformación de éste en capitalismo monopolista de Estado (CME), cuando esa interrelación se estrechó todavía más como parte de un proceso histórico de ahondamiento e internacionalización de contradicciones, ya propiamente imperialistas desde principios del siglo XX, que llevó a crisis económicas cíclicas más profundas y generalizadas como, sobre todo, la gran depresión de los años treinta, a la aparición del fascismo, a dos guerras mundiales, al surgimiento del socialismo desde 1917 y de un sistema de Estados sustraídos al dominio monopolista a partir del segundo conflicto bélico mundial, a la práctica liquidación del sistema colonial durante la segunda posguerra y a la crisis actual del capitalismo internacional iniciada desde hace casi dos decenios, tras de un periodo de expansión que se prolongó durante más de 20 años.

III. EL ARMAMENTISMO Y LA CRISIS MONETARIO-FINANCIERA

La Segunda Guerra Mundial significó un considerable desarrollo del CME en todas las metrópolis del sistema, con fuerza especial en los Estados Unidos donde los grandes monopolios financieros, industriales y comerciales habían alcanzado una asombrosa concentración y centralización del capital desde los años veinte y aun durante la crítica década de los treinta, cuando el Estado, con el gobierno de Franklin D. Roosevelt, comenzó a tener una injerencia cada vez mayor en la economía. Esta fue elevada mucho más durante la contienda y con ello, la monopolización de la economía. De hecho hasta entonces, a partir de 1939-1940, la economía norteamericana pudo salir de la larga crisis depresiva desencadenada con el *crack* financiero de octubre de 1929. Primero los preparativos para la guerra y la necesidad de apoyar a los aliados europeos antifascistas de los Estados Unidos, y luego la directa participación de esta potencia en el brutal conflicto bélico contra el eje agresor Alemania-Italia-Japón desde fines de 1941, colmaron a la industria privada con cuantiosos pedidos. Los efectos del reajuste cíclico

que el desarrollo capitalista ha impuesto desde principios del siglo xx, se multiplicaron con un gasto militar deficitario que se expresó en el salto de la deuda pública federal norteamericana, de 45 mil millones en 1940 a 278,000.1 millones de dólares en 1945, o sea del 45% del producto nacional bruto en el primer año al 130.9% en el último (en ambos casos con un poder adquisitivo de 5 o más veces mayor que el actual).⁵

Claro está que en la Europa y Japón devastados por la guerra, excepción hecha de la actual RDA, Polonia y los otros países del oriente europeo, amén de China y Corea del Norte también desgajados del sistema, el nuevo impulso —keynesiano— del CME hubo de esperar a la reconstrucción de la posguerra, sobre todo en los países derrotados, la que junto con la renovación tecnológica del capital apoyada por los propios Estados Unidos y otros factores, prepararon el prolongado auge de los cincuenta y sesenta. Pero para los Estados Unidos la contienda en Europa occidental, el norte de África y el Pacífico, no significó pérdidas materiales de ninguna especie en su propio territorio y al contrario, pese a restricciones inevitables fueron años de gran prosperidad para las empresas, de acelerada acumulación monopolista de capital y un muy alto nivel de ocupación tanto civil como militar.⁶

Al concluir el conflicto los Estados Unidos ejercían una indiscutible primacía económica-técnica, política y militar en todo el sistema; su producción nacional representada más de la mitad de la de todo el mundo capitalista y, sustentada en los consorcios privados, era la única potencia nuclear que se había convertido en la promotora de la OTAN y otras alianzas militares. Al proclamar la Doctrina Truman se arrogó el papel de gendarme universal de los grandes monopolios, encargado de impedir nuevas revoluciones sociales populares y de conducir las luchas de liberación nacional hacia los cauces del orden internacional neocolonialista de hoy.

El armamentismo es un decisivo sector permanente del sistema, reafirmado por las largas y cruentas guerras de Corea y Vietnam y el involucramiento estadounidense en otros muchos conflictos. Los déficit presupuestales empujaron la deuda estatal interna de los Estados Unidos a 369 mil millones de dólares en 1970, 930 mil millones en 1980, 1 billón 663 mil millones en 1984⁷ y posiblemente 1.8 billones en 1985. Tan sólo el presupuesto del Departamento de la Defensa du-

⁵ "Deficit, debt and real world", *Monthly Review*, Nueva York. Tomado de *Contextos, la noticia en la prensa mundial*, México, Secretaría de Programación y Presupuesto, segunda época, año 2, núm. 58, septiembre de 1985.

⁶ Véase Aguilar M., Alonso, *La crisis del capitalismo*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1979, pp. 26 y ss.

⁷ *Op. cit.*, nota 5.

rante 1981-1985, bajo la administración encabezada por el presidente Reagan, consumió más de 1 billón de dólares y el gasto militar total más de 1.5 billones, cuando las cifras respectivas en el lustro previo 1976-1980 habían sido, respectivamente, de 542 y 814 mil millones de dólares, o sea que el *incremento* del gasto de la Defensa —y con una tasa inflacionaria mucho menor— fue de alrededor de 500 mil millones de dólares y el del gasto militar total de más de 700 mil millones en los primeros 5 años del gobierno de Reagan.⁸ Desde este ángulo, un primer y acusado rasgo financiero de la economía política del armamentismo es que en tanto las corporaciones monopolistas aportaron menos del 10% de los impuestos federales y además de que en 1981-1985 fueron las beneficiarias directas de los contratos militares y también recibieron el grueso de los 531 mil millones de dólares pagados por el gobierno a cuenta de los intereses sobre la deuda estatal, el resto de los causantes estadounidenses, básicamente los asalariados, contribuyeron con más del 40% a dichos ingresos fiscales.⁹

Estos aspectos financieros en sí mismos reveladores de algunos profundos rasgos del armamentismo desde el ángulo de las relaciones sociales de producción en los Estados Unidos, si bien con menor intensidad, están presentes en otras metrópolis del sistema. De aquí se desprenden adicionales repercusiones económicas para todo el sistema capitalista. La expansión del gasto militar norteamericano en el extranjero, por ejemplo, no es ajena a la formación del mercado de los eurodólares, ni el efectuado dentro y fuera de los Estados Unidos puede desvincularse del crecimiento sin precedente de la deuda no sólo estatal sino también privada en éste y en otros países, ni del surgimiento de las condiciones por las que se desencadenaron los procesos inflacionarios de los setenta y los fenómenos característicos de la llamada *stagflation* —el estancamiento con inflación— de la crisis durante este último periodo.¹⁰ Es decir, el armamentismo ha tenido una estrecha conexión con la economía monetaria contemporánea, y ha sido una de las causas de la caída de las reservas de oro acumuladas por esa superpotencia, de:

⁸ Cusminsky, Rosa y Eduardo Gitli, "De cómo financia Estados Unidos los incrementos de su gasto militar", ponencia que aparece en esta *Memoria*, cuadro núm. 4.

⁹ García Iturbe, Néstor, *El complejo militar industrial y la estrategia global del imperialismo*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1984, pp. 76 y ss. O como lo registran Cusminsky y Gitli, *op. cit.* nota anterior, los impuestos a las ganancias de las corporaciones descendieron de un 15% de las recaudaciones federales estadounidenses totales en 1977-1979, a alrededor de un 9% en 1984-1985 (y sólo 6% en 1983).

¹⁰ Vêase, "La inflación: monopolios contra trabajadores", *Estrategia*, Revista de Análisis Político, México, Publicaciones Sociales Mexicanas, núm. 1, primer bimestre de 1975, esp. pp. 40-43.

las devaluaciones del dólar y de la quiebra del sistema establecido en Bretton Woods durante la guerra, aunque desde luego continúa el dominio de la divisa norteamericana, la cual en los ochenta incluso se ha revaluado.

Desde el mismo ángulo financiero-monetario cabe añadir que los déficit presupuestales y la correspondiente deuda interior y exterior norteamericana, vinculados ambos al aumento vertical del gasto militar (15% anual en 1980-1985), al mismo tiempo que se mantienen políticas fiscales y crediticias monetaristas y "ofertistas" para contener la inflación, son la causa principal que empuja hacia arriba las tasas de interés: "... la existencia misma del déficit presupuestario y su permanencia en perspectiva —señala un acucioso investigador cubano del Centro de Investigaciones de la Economía Mundial— impiden la caída de las tasas de interés aunque se reduzca la tasa de inflación, como ha ocurrido en los últimos meses en Estados Unidos".¹¹ La revaluación o sobrevaloración del dólar, a su vez, se relaciona con el resultado anterior y ésta, por su parte, determina los déficit de la balanza de pagos en cuenta corriente de los Estados Unidos, que aumentaron de un total acumulado de 29 mil millones de dólares en el cuatrienio 1977-1980 a 146 mil millones en el de 1981-1984 (y seguramente a más de 250 mil millones hasta 1985) durante los mandatos de Reagan.¹²

Los déficit financieros externos e internos de este último periodo se conjugan con el enorme flujo de capitales desde los países capitalistas desarrollados y subdesarrollados hasta los Estados Unidos, atraídos por los altos rendimientos bancarios, la recuperación económica estadounidense, la mayor estabilidad y seguridad económica y política de este centro mundial del sistema y otros factores objetivos y subjetivos, con el resultado de que la deuda externa de esta potencia, según cifras oficiales, también creció como nunca antes en igual número de años: de 353 mil millones de dólares a 579 mil millones en 1984 y más de 660 mil millones en 1985, es decir, un aumento de más de 300 mil millones en el último quinquenio. Gran parte de esta corriente de capital proviene de América Latina (más de 100 mil millones de dólares *netos*); de

¹¹ Carriazo Moreno, George, "La sobrevaluación del dólar y sus efectos en los años 80", *Cuba Socialista*, La Habana, Comité Central del PCC, año V, núm. 5, noviembre-diciembre de 1985, p. 66. Las tasas de interés actuales, aunque bajaron respecto a las de 1980-1982, son superiores a las de 1978 y mucho más altas que las de 1970-1973.

¹² Martínez, Osvaldo y Pedro Pablo Cuscó, "Las políticas económicas de Estados Unidos y el empeoramiento de la crisis económica en América Latina", *Cuba Socialista*, *cit.* nota anterior, año V, núm. 4, septiembre-octubre de 1985, tabla 1, pp. 29-30.

México, en particular, fluye un alto porcentaje (acaso no menor del 25% de la cifra latinoamericana).

En otras palabras, a costa del agravamiento de la crisis económica y de la profundización de la dependencia estructural como nunca antes, nuestros países contribuyen de modo importante, se dijo ya, al financiamiento de la política expansionista y del armamentismo de los Estados Unidos. Además, los ahora gigantescos tributos en los que sobresalen los elevados intereses en dólares revaluados de la deuda externa, se cubren con enormes sacrificios de nuestros pueblos y cuando, como ha sido el caso en los ochenta, la capacidad exterior de pago condicionante del desarrollo económico de nuestros países se ha desplomado, pese al auge cíclico norteamericano, por la caída de los precios de nuestras exportaciones —de lo cual los mexicanos en estos momentos tenemos las evidencias dramáticas del petróleo— y el siempre mayor precio de lo que importamos (también en dólares revaluados), amén del incrementado proteccionismo comercial de los Estados Unidos y otras metrópolis, con las fugas de capital, remesas de utilidades de las empresas extranjeras, pagos de tecnología importada y otras gravosas sangrías. La presente “crisis de la deuda” latinoamericana pues, que hizo evidente su impagabilidad, tiene estrechas relaciones con y es una consecuencia indirecta, de la política armamentista estadounidense.

Más aún, en la integración misma de la impagable deuda externa de no pocos países subdesarrollados, un componente sustancial es el originado en la adquisición de armamento con préstamos de las metrópolis. Están ahí los ejemplos de algunas dictaduras latinoamericanas, a las que no bastó la graciosa “donación” de equipos militares por gobiernos metropolitanos como el de los Estados Unidos. En el caso de Argentina, por ejemplo, sometida durante más de una década a la oprobiosa dictadura que naufragó en las Malvinas, como lo resume un autor,

la mayor parte de la deuda consistió en el financiamiento de la evasión de capitales y la compra de armas (según cálculos del Banco Mundial, 19 000 millones de dólares corresponden a fugas de capitales y 10 000 millones a compras de armas y otros rubros, no registrados), a los que se suman las nuevas deudas contraídas para pagar los intereses. La contrapartida real en bienes y servicios fue ínfima y, además, la renegociación de los pagos obliga a someter la política económica a la vigilancia del Fondo Monetario Internacional.¹³

¹³ Calcagno, Alfredo Eric, *La perversa deuda argentina. Radiografía de dos deudas perversas con víctimas muy diferentes: la de Eréndira con su abuela desalmada y la de Argentina con la banca internacional*, Buenos Aires, Editorial Legasa, 1985, p. 192.

En el caso de Guatemala, Honduras, El Salvador y Costa Rica, donde el gobierno de Reagan multiplicó su injerencia para combatir a la revolución popular de Nicaragua y donde el apoyo norteamericano a estos cuatro países subió de 143.9 millones en 1980 a 1 007.0 millones de dólares en 1986 (en total 1 008.2 millones en "ayuda" militar y 3,549.6 millones para la economía durante 1980-1986), la deuda externa desembolsada más que se decuplicó.¹⁴ Naturalmente, países como Cuba o Nicaragua, agredidos constantemente por la potencia norteamericana que se arroga el "derecho" de contrariar la voluntad revolucionaria soberana de esos pueblos, también tienen que gastar considerables recursos para su defensa.

IV. EL ARMAMENTISMO Y LA CRISIS ACTUAL

Los hechos anteriores, que se desenvuelven todos propiamente en las esferas de la circulación y financiera, son un rasgo acusado, pero que no deja de ser superficial, de la crisis capitalista actual, y forman parte de la economía política del armamentismo, que amenazan con perdurar muchos años, aunque desde luego con determinados cambios de grado y ajustes diversos de política, y son consecuencias lógicas del que podríamos llamar el *viejo* orden económico internacional; es decir, el orden impuesto en el sistema del imperialismo por la dominación del capital monopolista de Estado internacional y transnacionalizado que determina el intercambio comercial, financiero y tecnológico desigual tan gravoso para el Tercer Mundo y que también se sustenta en el poder político y militar de las metrópolis.¹⁵ Y habría que enfatizar que son expresiones del ahora exacerbado carácter especulativo del CME, de lo cual no es ajeno al armamentismo.

En verdad son formas que en la crisis general del capitalismo asume el creciente parasitismo de un sistema social guiado por la rentabilidad del capital, la reproducción del dominio de éste y el mantenimiento del *status quo* esencial en todo el sistema. Esto es, el aumento incesante de la "terciarización" de la economía impulsada por el consumo de bienes y servicios suntuarios y superfluos de una minoría, mientras que, aun en las naciones desarrolladas, sube el número de quienes carecen de los indispensables (6 millones más abajo de la línea de pobreza ofi-

¹⁴ American Friends Service Committee, *Invasión*, abril de 1985. Tomado del estudio *El armamentismo en Centroamérica*, Managua, Instituto Histórico Centroamericano, sin fecha, p. 8.

¹⁵ Cfr. Carmona, F., "La crisis general y las estrategias internacionales del desarrollo", *El Informe Brandt y el Nuevo Orden Económico Internacional*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1981, pp. 103-145.

cial en los Estados Unidos, en 1981-1984); la mayor producción con fines bélicos de "bienes" de destrucción, y carestía y atraso relativo de la de bienes básicos para el consumo popular (alimentos, viviendas, medicamentos, transportes públicos); la aplicación de cuantiosos recursos al fortalecimiento del aparato militar y de los cuerpos represivos, al mismo tiempo que sufren recortes y mermas los destinados a servicios esenciales para elevar los niveles de educación, salud, seguridad social, esparcimiento y cultura de las mayorías; el siempre mayor peso en la composición de la clase dominante de especuladores y rentistas no empresariales y el incremento de la ocupación en actividades improductivas y socialmente prescindibles, a la vez que prolifera y se amplían los contingentes de los sin empleo y los subempleados.¹⁶ En suma: el despilfarro cada vez más grande de recursos productivos y en primer lugar los humanos, en el agigantado gasto militar y el consumismo civil, efecto y causa de los hondos desajustes y contradicciones de la crisis capitalista actual.

Aunque en estas páginas quisimos poner el acento de la crisis financiera internacional agudizada en la presente década para México y los países de nuestra América, no olvidamos que si puede hablarse de una economía política del armamentismo es principalmente porque este fenómeno histórico forma parte inextricable del proceso de desarrollo de las fuerzas productivas y de la contradicción de éstas con las relaciones sociales de producción del capitalismo monopolista; o sea, que es un importante elemento engendrador de la contradicción fundamental del sistema, de la cual surgen aquellos hechos críticos en la esfera financiera y en las relaciones de circulación y distribución (si bien, por supuesto, éstas repercuten sobre las condiciones de las relaciones de producción). Sin embargo, dentro de los márgenes de la presente ponencia ya no entraremos en la consideración de tales cuestiones.

Recordemos solamente que el gasto militar contribuye al aceleramiento del proceso de monopolización en distintas formas, directas unas, por la concentración de las adquisiciones de materiales y equipos bélicos en unos cuantos consorcios (de entre 25 o 30 mil empresas, en el último cuarto de siglo casi el 70% del valor de los pedidos del Pentágono, por ejemplo, se concentraron en sólo 100 contratistas, para muchos de los cuales éstos representan 20, 30, 50 y aun 80 y más por ciento de sus ventas totales),¹⁷ el usufructo por estas empresas de plantas e instalaciones estatales y de gran y aun la mayor parte de la investigación cien-

¹⁶ Véase Kuczynski, Jürgen, *El capitalismo, sistema contra la humanidad*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1982.

¹⁷ Cusminsky y Gitli, *op. cit.*, nota 8, pp. 13-14.

tífico-tecnológica y el inicial desarrollo de innovaciones costeadas por el Estado, el papel complementario de los contratos militares como factor que permite un mayor rendimiento de costos fijos y variables así como acceso a nuevas tecnologías, etcétera. Otras formas son indirectas, económicas (fiscales, crediticias, comerciales, salariales), políticas (conexiones con los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial, elecciones al poder local y nacional, relaciones laborales, espionaje y represión de disidentes) e ideológico-culturales, que si bien son aspectos generales de la política del Estado que benefician a la clase dominante en su conjunto, privilegian particularmente a los monopolios, los cuales a su vez ejercen la mayor influencia en el Estado y la sociedad civil del CME contemporáneo.¹⁸

No sólo el desarrollo de las fuerzas productivas encarnado en el proceso de acumulación de capital y en la evolución de los costos y productividad, el sistema financiero y comercial, la infraestructura económica y social, el empleo, la formación de las clases sociales y de la economía regional, sino también el desarrollo de las reacciones sociales de producción por cuanto a la concentración-dispersión de la propiedad, el papel del Estado, los cambios en el proceso de trabajo, la organización de los empresarios y los trabajadores, la calidad de la vida y el sistema político, son cada vez más y más condicionados y aun directamente determinados por la creciente monopolización de la economía y la sociedad. El armamentismo es uno de los mecanismos de regulación monopolista-estatales del CME que, como otros más, monetarios, crediticios y de otra índole, entraron en crisis desde hace casi 20 años e imprimen su carácter esencial a la crisis actual. Hay bastante evidencias de que, al acelerarse, el armamentismo se ha vuelto un elemento central en el desencadenamiento de esta crisis y de complicación del viejo desarrollo cíclico, así como de la profundización de la crisis general —estructural socioeconómica y superestructural política, ideológica y cultural—, que en este lapso se acentuó enormemente.

V. EL EJE DEL PROCESO: EL COMPLEJO MILITAR-INDUSTRIAL

De este proceso histórico forman parte destacada el anticomunismo y el antisovietismo que sirvió de caldo de cultivo para engendrar los regímenes fascistas entre las dos guerras mundiales, el macartismo y

¹⁸ Además del ya citado (nota 9) estudio de García Iturbe, véase, Hernández, Vivian, y George Carriazo, *La muerte acecha*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1984; así como Gitli, Eduardo, *Producción de armamento y capitalismo desarrollado*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1984.

la "guerra fría" iniciada inmediatamente después de la Segunda Guerra y el neoliberalismo fascista enarbolado por la "nueva derecha" de nuestros días, elementos político-ideológicos impulsores del armamentismo. Si en éste los Estados Unidos juegan un papel principal es por su protagonismo como pilar hegemónico de todo el sistema, especialmente desde la Segunda Guerra Mundial, de la que además emergió con un efímero monopolio atómico, una indiscutible primacía militar y un capital monopolista de Estado transnacionalizado y en rápida expansión en todos los países capitalistas desarrollados y subdesarrollados, y además como dominante en el sistema internacional monetario, bancario y comercial, así como en los instrumentos correspondientes: el FMI, el Banco Mundial, el GATT y otros.

En rigor, la presente carrera armamentista es un monstruo que nace y se desarrolla con el CME. Es un hecho histórico con profundas raíces económicas, sociales y políticas en el sistema en el que estamos insertos, firmemente afianzado en y por incesantes, ya viejas pero siempre renovadas e intensas, campañas ideológicas anticomunistas y exaltadoras del individualismo, el "espíritu de empresa", el patrioterismo y la prepotencia chauvinista al través de todos los medios (destaca seguramente la televisión, que comenzó a extenderse ya en la plenitud del CME, en particular desde los años cincuenta), que han permeado los más ocultos meandros de la cultura y de la vida individual y social e incrementa la enajenación de las masas trabajadoras en especial de las propias metrópolis que además se benefician en forma directa e indirecta de la doble explotación de los pueblos del Tercer Mundo (la perpetrada por los capitalistas nativos estructuralmente dependientes del capital trasnacional, una verdadera clase dominante-dominada nacional, y por las corporaciones y bancos internacionales). En verdad el sistema metropolitano de empresa privada en los Estados Unidos, Europa occidental, Japón, Canadá, Australia y otros países desarrollados, llegó a ser, según la expresión del polaco Oscar Lange, una suerte de "imperialismo popular".

Las bases sociales de apoyo en que descansa el sistema son muy amplias, tanto especialmente en las naciones industriales dominantes como en las dependientes subdesarrolladas, y comprenden vastos segmentos no sólo burgueses sino también de las capas medias y aun de los obreros y el creciente número de modestos asalariados en los servicios. Desde luego, la larga prosperidad capitalista de la posguerra cumplió un papel fundamental en esto al elevar los niveles de vida y las expectativas de aquellos sectores, aunque quizás el sostén principal de la estrategia armamentista sea ideológico y político. En muchos países se han debilitado los movimientos políticos contestatarios de izquier-

da, el sindicalismo y otros que podrían adversar el poder de los monopolios, pese al extraordinario crecimiento del número de asalariados, y ha calado hondo lo mismo la aceptación de los valores sociales inculcados por el capitalismo, que los prejuicios antisocialistas y en especial anticomunistas y antisoviéticos, que vierten a los Estados de esta nueva formación histórica y en particular a la Unión Soviética, en el "imperio del mal", instigador del "terrorismo internacional", liberticidad y totalitario.

Ante el ascenso del movimiento pacifista y de la inconformidad que la crisis engendra, queda aún la última instancia de la represión, apoyada en los Estados Unidos por un neomacartismo acompañante de la nueva "guerra fría" que el reaganismo impulsa: "No resulta difícil visualizar (*sic*), señala un autor estadounidense, como parte de la segunda administración Reagan, un clima de represión en el cual el gobierno, las empresas y los líderes de los trabajadores organizados, colaborarán para purgar a los disidentes dentro de las filas sindicales y entre la población en general."¹⁹

Alguna vez —en 1963— el economista estadounidense Paul S. Sweezy afirmó, en los recintos de nuestra UNAM, que "si no existiera el comunismo soviético, la oligarquía financiera norteamericana hubiera tenido que inventarlo, como la Iglesia inventó al diablo".²⁰ No sin matices, tal es la posición de todas las más reaccionarias fuerzas y de todos los militaristas de los países dominados por el capital transnacionalizado y transnacionalizador. Mucho antes de que los Estados Unidos fueran hegemónicos en el sistema del capitalismo, se lanzaron contra la Unión Soviética (después del triunfo de la Revolución de Octubre, incluso con tropas), y acusaron de "bolchevique" y de estar "al servicio de Moscú", aun a gobernantes mexicanos surgidos de la Revolución de 1910-1917, como Calles y desde luego Cárdenas, no menos que a Sandino enfrentado a la marinería yanqui invasora y a quienquiera se oponía a la dominación económica norteamericana, y ya desde la segunda posguerra, desde el presidente guatemalteco Arbenz hasta, con mayor razón, al presidente chileno, socialista y profundamente patriota, Salvador Allende (ocasionalmente también a presidentes mexicanos como López Mateos, Echeverría y López Portillo).

Cada proceso popular genuinamente nacionalista y toda revolución popular triunfante en cualquier lugar del planeta son condenados como

¹⁹ Knoll, Erwin, "You ain't seen nutting yet", *The Progressive*, Nueva York, enero de 1985. Tomado de *Contextos* bajo el título de "El segundo periodo de Reagan", año 2, núm. 46, 28 de febrero de 1985, p. 15.

²⁰ En la entonces Escuela Nacional de Economía, idea que desenvolvería en varias oportunidades en la *Monthly Review*.

prueba del "expansionismo soviético". Por supuesto la Revolución cubana, el más trascendente hecho libertario en la historia de nuestra América, profundamente enraizado en los surcos abiertos por Martí, la Revolución mexicana y guatemalteca y antes por todos los próceres latinoamericanos desde Bolívar, Morelos y Juárez hasta Sandino, son descalificadas como una "conquista de la Unión Soviética", de la cual Cuba es una "base" y una "colonia"; y los jóvenes que condujeron al triunfo la Revolución Popular Sandinista en Nicaragua tratados como simples avanzadas "sandino-comunistas secuaces de Cuba y la Unión Soviética", que deben ser derrocadas por la fuerza mediante los contras mercenarios somocistas —los "combatientes de la libertad" del señor Reagan, quien incluso por estos días declaró que él mismo es un "contra": el mayor de todos— el bloqueo económico, el sabotaje, el minado de puertos y otras formas de terrorismo de Estado o la directa invasión militar como en el caso de Granada. La conclusión de la vieja y la nueva derecha y de las fuerzas que las apoyan en las metrópolis del capital trasnacional es siempre una: acelerar el gasto militar.

Nunca tuvo más validez que hoy la expresión que acuñara el general Dwight Eisenhower, máximo héroe norteamericano de la Segunda Guerra, al concluir su mandato presidencial hace ya más de un cuarto de siglo, sobre el "complejo militar-industrial". Su advertencia, por supuesto, no fue oída: "El complejo militar-industrial, de por sí no productivo —dijo entonces—, debe alimentarse de la energía, productividad y cerebro del país, y si éstos se consumen demasiado, nuestra fuerza total declinará."²¹

Con los gobiernos de Kennedy, Johnson y Nixon, el gasto militar se elevó al son de la invasión mercenaria de Cuba derrotada en Playa Girón, de la agresión israelita contra los pueblos árabes en la guerra del Yon Kipur, de la multiplicación de las flotas aérea, marítima y submarina y de bases militares en todos los mares y continentes, de la aceleración de la carrera espacial y sobre todo de la guerra genocida contra Vietnam. Después, durante los gobiernos de Ford y Carter, tras de los acuerdos SALT-1 y SALT-2, la distensión militar en Europa y la imposibilidad política de proseguir en los términos anteriores —de invasión militar masiva y directa— la agresión contra los pueblos de la Indochina y la derrota final en 1975, el gasto armamentista declinó un tanto para luego elevarse de nuevo hasta superar

²¹ Citado por la Premio Nobel de la Paz, la renombrada sueca Alva Myrdal, recientemente fallecida, en su libro *The game of disarmament*, Nueva York, 1976. Tomado de Eduardo Gitli, *op. cit.*, nota 18, p. 67, n. 5.

en términos reales, en 1983-1985, con Reagan, el de 1970-1973, durante el apogeo de la lucha contra el pueblo vietnamita.²²

Bajo el pretexto de la "amenaza soviética", la "defensa de la seguridad" y de los "intereses vitales" de los Estados Unidos (... a cualquier distancia de las fronteras norteamericanas), en nuestra América, al fin y al cabo siempre monroísta, aunque desde luego no frente a Inglaterra que en 1982 hizo gala de su ancestral colonialismo en las Malvinas, y decidido a condenar todo movimiento popular revolucionario de ser una maquinación de Moscú e instrumento comunista en la "confrontación Este-Oeste", el gobierno reaganiano se dedica a su programa llamado Iniciativa de Defensa Estratégica —la "guerra de las galaxias"— y presiona a sus aliados para que aumenten su gasto militar.

En la segunda posguerra los antiguos complejos militar-industriales de Europa occidental se fortalecieron, sobre todo los de Inglaterra, Francia, Alemania Federal y otras potencias ex colonialistas y ahora neocolonialistas de la OTAN (sin que haya desaparecido el de Japón). Con el liderazgo estadounidense si bien con no pocas y crecientes contradicciones entre sí y con los Estados Unidos, y sin cejar en el intento conjunto de preservar su autonomía "nacional" y "europea", tales complejos son el núcleo de una política enderezada contra los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo, dondequiera que éstos cobran vigor. En todas partes aquéllos y los Estados metropolitanos apoyan y a menudo son el principal sostén de las dictaduras militares que consideran sus "aliados fieles", aun las más corruptas en tanto sean anticomunistas, por lo menos mientras les son útiles, como las recientemente depuestas por el alud popular en Bolivia, Argentina, Brasil, Uruguay o —a medias— en Haití o las Filipinas, las que todavía siguen en el poder en Chile y Paraguay y las no pocas que aun tiñen de rojo el mapa de África y Asia.

Todo esto compromete la paz en diversas regiones del mundo: en el sur del continente africano por medio del régimen racista de Sudafrica, en el cercano Oriente y el norte de África mediante Israel y la flota estadounidense, en Centroamérica y el Caribe y en todas partes, directamente por los Estados Unidos con sus "fuerzas de despliegue rápido", de no bastarle los regímenes "pro-occidentales" y específicamente "pro norteamericanos" y los *contras*. Y dada la acumulación de armamento suben de punto los peligros, aun por simple error

²² Véase SIPRI, *op. cit.*, nota 3, cuadro 7A. 2, y Cusminsky y Gitli, *op. cit.*, nota 8, cuadro 3.

técnico de los que se han multiplicado en los últimos años, de desencadenamiento de un conflicto nuclear.

VI. EL ARMAMENTISMO COMPROMETE LA SOBERANÍA DE NUESTROS PUEBLOS

No hay duda de dónde está el origen de la actual carrera armamentista. Para sólo referirnos al impulso más reciente, iniciado desde 1979 por los Estados Unidos durante el gobierno de Carter y por sus socios de la OTAN, y llevado al extremo en los años de Reagan, tomemos por ejemplo el juicio del ex jefe del gobierno de Alemania Federal, Helmut Schmidt, quien ha escrito: "Este grado de dependencia europea en las decisiones unilaterales de los Estados Unidos no existía en los años 60 y 70..."; "Ronald Reagan heredó una confusa situación interna dentro de la OTAN..." y "... Los aliados europeos estaban molestos, en parte merced a su negligencia ya de dos años... en cuanto a las negociaciones (con los soviéticos) sobre control de armas, y además *por su evidente lucha en busca de la superioridad militar norteamericana en vez del equilibrio*".²³

También es indudable que la situación anticipada por el general Eisenhower ahora está en franco desenvolvimiento, aunque enmascarada en la recuperación económica cíclica norteamericana desde fines de 1983, las bajas tasas de inflación en los Estados Unidos y otras metrópolis durante gran parte de la presente década, el auge concretamente en algunas ramas de la industria y los servicios y la revalorización del dólar. La creciente monopolización de las economías desarrolladas y en primer término la estadounidense, condujo al armamentismo y éste a una monopolización mayor, con el cada vez más grande apoyo directo e indirecto del Estado a las corporaciones y conglomerados trasnacionales, de los que los más importantes son el cogollo del complejo militar industrial ramificado en la economía y toda la sociedad, entrelazándose íntimamente en las esferas de la producción, las finanzas, el comercio exterior e interior, la informática, las comunicaciones y transportes y otros servicios, entre sí y con el Estado y más allá de las fronteras nacionales, beneficiándose con el gasto militar en el cual encuentra un mercado suplementario con una alta dosis de seguridad, como vemos, en expansión y además con una competencia en gran parte eliminada por la indole de los contratos, el

²³ "Para salvar la alianza occidental", artículo originalmente publicado por *The New York Review Books*, 31 de mayo de 1984. Tomado de *Contextos*, año 2, núm. 37, 5 de octubre de 1984, pp. 10 y 12-13. Cursivas nuestras.

secreto de Estado y la corrupción. Incluso podría aceptarse con algunos autores que desde hace décadas, el norteamericano es un "capitalismo del Pentágono".²⁴

El propio Congreso estadounidense aporta información que hace de la imagen anterior algo más que una mera metáfora. Por ejemplo, unos 2 100 oficiales de alto rango (de coroneles o capitanes de navío hacia mayor jerarquía) se incorporaron como funcionarios en las 100 principales empresas del complejo militar-industrial, incluyendo generales tan importantes como Douglas Mc Arthur quien jefaturara la guerra contra Japón. Más que ningún otro, el gobierno de Reagan elevó a las más altas posiciones políticas a personeros de este complejo: al general Haig (de la United Technologies) al Departamento de Estado y al general Vernon Walters a la ONU, George Schultz (Bechtel) en sustitución de Haig, James Baker (Hughes Tools) ahora al Departamento, Robert Mc Farlane, oficial naval, al Consejo Nacional de Seguridad, etcétera. Muchas de las más importantes universidades del país, desde las de California, Texas, Michigan, Pennsylvania, Oklahoma y Washington hasta Cornell o Stanford, pasando por el célebre MIT, son usuarias de una considerable parte de los fondos destinados a investigación militar, incrementados en 12 mil millones de dólares tan sólo en 1981-1983.²⁵ El 70% de los científicos y técnicos de la más alta calificación se ocupan en la fabricación e investigación militar, incluyendo la económico-política.

Si el armamentismo ha sido un peculiar pero importante mecanismo de regulación del sistema del capitalismo monopolista, utilizado en numerosas oportunidades como un elemento anticíclico, hoy adquiere una buena dosis de autonomía (el 90% del valor de las licitaciones ni siquiera se publica). Colocado al centro de la estrategia encaminada a recobrar la plena hegemonía norteamericana en todos los planos, según el contralmirante Gene Larocque en su carácter de jefe del Centro de Información para la Defensa, "... actualmente (1982) gastamos el 90% de nuestro erario en combatir en países extranjeros: el 70% para las fuerzas convencionales... y el 20% en todas las armas nucleares contra la Unión Soviética...";²⁶ sólo el 10% se destina propiamente a la defensa del territorio de los Estados Unidos pero con su expansión global acabó por desbocarse a expensas de los servicios civiles, y a pesar de las negativas incidencias sobre el sistema monetario, financiero y comercial internacional que ya fueron seña-

²⁴ Así lo postula el norteamericano Seymour Melman en su conocido libro *Pentagon capitalism*, Nueva York, Mc Graw Hill, 1970.

²⁵ Véase García Iturbe, *op. cit.*, nota 9, pp. 42, 62, 76 y otras.

²⁶ Hernández y Carriazo, *op. cit.*, nota 18, pp. 106 y otras. *Cursivas nuestras.*

ladas, a estas alturas es obvio que en los años de Reagan y por propia decisión de este gobierno y de las poderosas fuerzas que lo respaldan, no será reducido.

La expansión del gasto bélico no impidió que la crisis actual del capitalismo tomara cuerpo, se profundizase y se extendiera a todo el sistema. Antes al contrario, "la energía, productividad y cerebro" de los Estados Unidos fueron "consumidos demasiado" y la fuerza total de este país "declinó". La hegemonía económica y política norteamericana frente a los *rivalessocios* europeos y japoneses se ha menguado, en los países capitalistas subdesarrollados tropieza con una creciente resistencia y la Unión Soviética y otros socialistas, obligados a responder frente a los agresivos aprestos de la carrera armamentista, no permiten que se pierda la "paridad" militar y nuclear aproximada, a la que se llegó desde fines de los sesenta.

La carrera armamentista empujada desde los Estados Unidos tampoco ha logrado sacar de balance a la Unión Soviética, porque su economía fuese socavada por "la guerra económica y técnica... declarada a la Unión Soviética en la época de paz", como *The New York Times* enjuiciaba editorialmente el programa militar reaganiano para 1984-1988, y como desde siempre lo han pretendido los impulsores de tan siniestro maratón²⁷ (aunque sin duda ha retardado el desarrollo principalmente de la Unión Soviética, que sin embargo se ha consolidado, es más rápido que el de los Estados Unidos y las potencias europeas occidentales y de nueva cuenta tiende a acelerarse apoyado en la revolución científico-técnica y en ajustes en las relaciones sociales de producción), y sin dejar de plantear sensatas propuestas prácticas, como la hecha el 15 de enero último por el dirigente soviético Gorbachov, tendientes a liquidar por etapas todo el armamento nuclear para el año 2000.²⁸

En gran medida, como se ha establecido en este mismo Congreso, hoy "la economía de (los) Estados Unidos es una economía de gue-

²⁷ La referencia del *Times* neoyorquino está tomada del artículo de Volosikin, Nikolai, "¿A quién amenaza el 'agotamiento económico' mediante la carrera de armamentos?", *Boletín de Prensa*, Agencia de Prensa Novosti, México, 15 de noviembre de 1985. Aun antes del comienzo de la "guerra fría" el desgaste de la Unión Soviética al obligarla a aumentar el gasto militar, era planteado por personajes tan influyentes como el almirante William D. Leahy, formado en las acciones neocolonialistas de los Estados Unidos en las Filipinas o Puerto Rico del que fue gobernador en 1940, quien fuera asesor de los presidentes Roosevelt y Truman. Cfr. sus memorias de la Segunda Guerra: *I was there*, publicado en 1950.

²⁸ Véase *Informe político del Comité Central del PCUS al XXVII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética*, presentado por Mijail Gorbachov el 25 de febrero de 1986. Suplemento de *Novedades de Moscú*, núm. 9 (1 231), 1986, febrero.

rra que... le está cargando la cuenta al resto del mundo', en la cual, cuando se imputan otros gastos correlativos (una proporción de intereses de la deuda pública, pensiones de veteranos de guerra y algunos más), el presupuesto militar se eleva ya a casi el 10% del producto nacional bruto y al 40% del presupuesto federal total, en beneficio de un puñado de gigantescos monopolios y decenas de miles de otras empresas, y a costas de la reducción de gastos sociales y un creciente déficit estatal.²⁹

La evidencia de esta realidad en expresiones tan dramáticas como el emplazamiento de los misiles norteamericanos *Pershing* y *Cruise* en Europa occidental, el incremento de los niveles de desempleo en las metrópolis, las guerras "encubiertas" contra Nicaragua y otros muchos países y el incremento del poder de los militares y de los cuerpos de espionaje sobre los ciudadanos y los organismos pacifistas y de solidaridad con los pueblos,³⁰ las agresiones israelita-estadounidenses en el cercano Oriente, la invasión de Granada y otras, hace aflorar agudas contradicciones y concitan la movilización pacifista en el "primer mundo" de países capitalistas desarrollados, en la que participan contingentes cada vez mayores de hombres y mujeres de todas las creencias y posiciones políticas y sociales. La "fuerza total" de los Estados Unidos que preocupó a Eisenhower, en suma, declina porque la correlación internacional de fuerzas, en conjunto, se vuelve progresivamente desfavorable a los intereses del capital trasnacional, que con tanta violencia impulsan los gobiernos norteamericanos y en particular el actual.

Para nuestro Tercer Mundo son mayores las cuentas que nos pasa el armamentismo norteamericano, con particular fuerza a los pueblos de los países latinoamericanos. Unas cuentas son directas, principalmente político-militares y amenazan nuestra soberanía e independencia nacionales desde el punto de vista político, por la creciente injerencia de la *nueva derecha* contenido en la *doctrina Reagan* (definida por la revista *Time*, en ocasión de la reciente visita del presidente Reagan a Granada, como parte de su ofensiva contra la Revolución Popular Sandinista de Nicaragua, en estos términos: "*El apoyo de los Estados Unidos a los 'combatientes de la libertad' que luchan contra los*

²⁹ Cusminski-Gitli, *op. cit.*, nota 8, p. 9 y cuadro 5.

³⁰ "Dentro de la administración Reagan, el Pentágono tiene ahora mayor influencia y los cuerpos paramilitares... —las agencias de inteligencia— disfrutan de una virtual autonomía"; "con un presupuesto que inclusive está liberado de evaluación por parte del Congreso, la CIA ha emprendido alrededor de 50 acciones encubiertas que van desde la isla Mauricio y Surinam hasta Nicaragua y Afganistán", Knoll, Erwin, *op. cit.*, nota 19, p. 16.

gobiernos respaldados por la Unión Soviética alrededor del globo”).³¹ Otras son indirectas, en lo fundamental económico-sociales y comprometen cada vez más nuestra soberanía económica.

Importa subrayar que todo esto forma parte de la crisis actual, como causa o efecto y factor de complicación de la misma, que en estos años ochenta repercute en la forma de amplificación de problemas en la enorme porción subdesarrollada del sistema dominado por el capital monopolista, con el exacerbamiento insólito de la inflación, las devaluaciones monetarias, la disminución del ritmo de crecimiento o el franco estancamiento y aun el retroceso, el mayor desempleo absoluto y subempleo, la más profunda dependencia estructural y la creciente vulnerabilidad frente a los estragos en nuestras economías determinados por el capital monopolista de Estado trasnacional, promotor del armamentismo y de la propia crisis. Un resultado sobresaliente es la exportación *neta* de capital sin precedente, de decenas de miles de millones de dólares cada uno de los últimos años, en divisas constantes y sonantes, desde nuestras naciones hasta la metrópoli, que refuerza a los consorcios trasnacionales y —reiteramos— contribuye de modo importante a financiar los déficit causados por el acrecentado gasto militar, fundamentalmente con los intereses de la deuda externa, cuyas tasas son ahora 3, 4 y más veces superiores a las de finales de los sesenta, y se han convertido en la forma principal de sustracción del excedente económico de nuestros países y en el factor que ha venido a agravar la crisis latinoamericana.

Asimismo importa poner énfasis en que las políticas “fondomonetaristas” y la aceptación de formulaciones como las del “Plan Baker” de liberación de nuestros comercios exterior e interior, mayores facilidades a los monopolios extranjeros, menor intervención estatal e impulso a la iniciativa privada, que nos son impuestas por las oligarquías financieras trasnacionales y las oligarquías monopolistas nacionales dependientes como el medio para “crecer y pagar la deuda externa”, expresan no sólo nuestra cada vez más grande integración *subordinada* al sistema del imperialismo, sino algo más grave: la progresiva pérdida de soberanía económica, el aliento a las fuerzas conservadoras y reaccionarias internas y aun limitaciones a nuestra soberanía política.

³¹ “In Grenada, apocalypse now”, *Time*, Los Angeles-Nueva York, vol. 127, núm. 9, 3 de marzo de 1986, p. 17. Cursivas nuestras.

VII. DEFENSA DE LA SOBERANÍA Y PAZ

Las presiones económicas, políticas, ideológicas y militares emanadas del armamentismo de los Estados Unidos que agravan y vuelven más costosa y compleja la crisis actual para nuestros países, ahondan la contradicción *imperialismo-nación* en cada patria latinoamericana. Se han abierto así nuevas posibilidades, verdaderas urgencias para la acción en diversas instancias, tanto para la acción defensiva conjunta de amplias capas sociales dentro de cada nación, como para la acción común internacional de nuestros gobiernos y pueblos. Estas acciones tienen un alto significado en la lucha por la paz regional y mundial, aunque en algunos países tal movilización política no sea directamente contra el armamentismo nacional, la eliminación de bases extranjeras o la injerencia militar de las potencias imperialistas.

México, por ejemplo, es un país con uno de los niveles más bajos de gasto militar en el mundo entero (entre unos 125 países solo Fiji y Trinidad-Tobago gastan una proporción menor que el 0.5% del PIB, que en México se destina a las fuerzas armadas; en todos los europeos y latinoamericanos la proporción es mucho mayor),³² sin bases extranjeras ni maniobras militares conjuntas con fuerzas de los Estados Unidos. Sin embargo, mucho más que otras naciones del Tercer Mundo, México está expuesto al exterminio nuclear y también más pronto (*one day after*), y en caso de guerra mundial "convencional" regional o mundial estaría en mayor peligro de invasión militar por la gran potencia vecina, única dispuesta a desencadenarla.

No obstante lo anterior, en general tales riesgos no forman parte de la conciencia ni movilizan a sectores amplios de nuestro pueblo para prevenirlos. En cambio, como lo demuestran muy diversos signos, el sentimiento de solidaridad con los pueblos hermanos de Centroamérica y en particular con Nicaragua y El Salvador, como ayer con Guatemala o la República Dominicana, Uruguay y Argentina, desde hace 27 años con Cuba y hoy con Haití, víctimas de agresiones, invasiones y maquinaciones de los Estados Unidos, junto con los efectos de la profundización de la crisis y especialmente el cada vez mayor rechazo al gravoso servicio de intereses de una deuda externa cuyo monto global no disminuye sino que aumenta, constituyen hechos de insoslayable significación.

Sectores sociales más amplios se sienten inconformes con el hecho de que México pagó alrededor de 45 mil millones de dólares sólo por concepto de intereses sobre la deuda externa en 1982-1984 —los peores

³² SIPRI, *op. cit.*, nota 3, Apéndice 7A, núm. 4, pp. 171 y ss.

años de la crisis— amén de fugas de capital de unos 30 o 35 mil millones de dólares más y de otras fuertes exacciones, al mismo tiempo que la baja internacional del precio del petróleo, que significa en este 1986 una pérdida de 6 mil o más millones de dólares, todo lo cual ha llevado las devaluaciones de 27 o 28 a unos 500 pesos por dólar en cuatro años, a tasas de inflación del 100, el 80, el 60 y más por ciento en cada uno de estos años y a que los salarios reales y prestaciones hayan bajado un 30, 40 o más por ciento.

Algo análogo sucede en otras regiones del Tercer Mundo y más concretamente en muchos otros países de nuestra América. Las contradicciones engendradas por la crisis y por el belicismo, la agresividad y prepotencia de los promotores de la carrera armamentista, las empresas transnacionales y el gobierno de los Estados Unidos, mueven a una legítima respuesta defensiva de amplias capas de trabajadores y otros sectores de nuestros pueblos, que complementa y refuerza ciertas acciones de los gobiernos o reclaman de éstos una más enérgica posición, y contribuyen a frenar y en fin de cuentas a maniar, a los guerreristas.

Llegamos así a una simple conclusión:

—Luchar por la defensa de nuestra soberanía e independencia política, económica y cultural, por el derecho de todos nuestros pueblos y naciones a la libre autodeterminación sin la intervención extranjera de ningún tipo, ¡es luchar por la paz!

Defender la soberanía e independencia de Nicaragua, hoy el centro de la estrategia inspirada en la “doctrina Reagan”, ¡es luchar por la paz!

Apoyar y reclamar la efectiva vigencia de la Declaración de Caraballeda de los Grupos de Contadora y de Lima, ¡es luchar por la paz!

—Exigir que el consenso de Cartagena sea llevado hasta sus lógicas consecuencias de unidad y acción conjunta de los países deudores frente a los acreedores, ¡es luchar por la paz!

—Demandar el no pago de la deuda externa impagable, ¡es luchar por la paz!

—Esforzarnos por abrir paso a una integración latinoamericana sin el predominio avasallante de las transnacionales y por un Nuevo Orden Económico Internacional, ¡es luchar por la paz!

Junto con lo anterior, por supuesto, tendríamos que esforzarnos por lograr que la voluntad de la gran mayoría de la humanidad se concrete, paso a paso, en la proscripción de las armas de exterminio masivo, la congelación del armamento atómico, el desarme nuclear y convencional total, la desaparición de bloques, pactos y bases militares, la

desnuclearización proclamada en Tlatelolco extendida a todas las regiones del planeta, la aplicación de una parte sustancial de actual gasto armamentista de las grandes potencias y de nuestros propios países al impulso del progreso económico y social del Tercer Mundo, son todas urgencias directas para abrirle paso a una verdadera época de paz internacional.